



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICA UNIVERSITARIA
"ANTONIO REYES"
CALLE LAS MONTEREY, 111

ACTO PRIMERO

Interior de la taberna de Orsini. Bravos y obreros sentados junto a dos mesas a la derecha. A izquierda, Felipe, solo, sentado junto a otra, escribiendo. Tiene un jarro de vino y un vaso encima de ella.

ESCENA PRIMERA

FELIPE, RICARDO, SIMÓN, bravos, y luego, ORSINI y LANDRY

- RICAR. (Levantándose.) ¡Ea, maese Orsini, tabernero del diablo, envenenador por partida doble! ¿será preciso llamarte por todos tus apellidos para que contestes?
- ORSINI
SIMÓN ¿Vino otra vez?
- SIMÓN No, gracias; tenemos aún. Es mi amigo Ricardo, que desea saber cuántas almas ha recibido esta mañana Satánás, tu patrón.
- RICAR. O, hablando más cristianamente: ¿cuántos cadáveres se han hallado hoy a la orilla del Sena, y al pie de la torre de Nestle?
- ORSINI Tres.
- RICAR. Es la cuenta. ¿Y los tres, sin duda, jóvenes, nobles y buenos mozos?
- ORSINI En efecto, los tres.
- RICAR. Lo de siempre. ¿Y además, llegados todos recientemente a París?
- ORSINI Ninguno de ellos haría más de una semana.
- RICAR. Es ésta una plaga que, al revés de la peste,

se ceba en los nobles y los gentiles hombres, y deja la plebe tranquila.

SIMÓN Gracias, tabernero: es todo cuanto deseábamos saber de ti; a menos que, con tu calidad de italiano y brujo, hayas descubier-to también, y quieras decirnoslo, quién es el vampiro que necesita tanta sangre joven y noble.

ORSINI Nada sé de eso.

SIMÓN ¿Y por qué se encuentran siempre los cadáveres después de la torre de Nestle y nunca antes?

ORSINI Tampoco lo sé. (Felipe llama con las manos.)

SIMÓN ¿Que nada sabes? Déjanos tranquilos, y ve lo que desea de ti aquel caballero que acaba de llamarte. (Felipe vuelve a llamar.)

ORSINI ¡Voy!... (Acercándose a Felipe.) ¿Qué desea, caballero?

FELIPE ¿Podría alguno de tus dependientes llevar este billete a su destino mediante estos dos sueldos?

ORSINI ¡Landry! ¡Landry! (Aparece Landry.)

LAND. ¿Qué se ofrece?

FELIPE Toma estas dos monedas. Dirígete al Louvre, pedirás por el capitán Gualtero d'Aulnay, y le entregarás este billete.

LAND. Al momento. (Vase.)

RICAR. ¿Visteis el cortejo de Margarita y sus dos hermanas, las princesas Blanca y Juana?

SIMÓN ¡Ya lo creo!

RICAR. ¿Y has visto al capitán de su guardia, Gualtero d'Aulnay?

SIMÓN ¿Si le he visto dices?... Estaba junto a mí cuando su caballo empezó a caracolear, poniendo los cascos de sus patas encima mis pies. Naturalmente, me pongo a gritar y pedir auxilio, y él, que lo montaba, por todo consuelo me dió...

RICAR. ¿Un escudo de oro?

SIMÓN Me dió con el pomo de su espada en las narices, llamándome hampón por añadidura.

RICAR. ¿Y tú, no hicistes nada al caballo ni al caballero?

SIMÓN En cuanto al caballo, le hundí tres pulgadas de mi daga en un higar, y se fué desan-grando; y en cuanto al que lo montaba, le llamé bastardo, mientras se alejaba ju-rando.

FELIPE ¿Quién dice que Gualtero d'Aulnay es un bastardo?

SIMÓN Yo.

FELIPE Mientes a boca llena, rufián (Le tira el cubilete y los otros se levantan.)

SIMÓN ¡A él, muchachos! (Los villanos echan mano a sus dagas y atacan a Felipe.)

TODOS ¡Muera el noble! ¡El gentilhombrel... el caballero...

FELIPE (Desenvainando la espada.) Ved que está mi espada mejor templada, y tiene mayor alcance que vuestros aceros.

SIMÓN Pero somos todos contra uno.

FELIPE ¡Atrás! ¡todos!

TODOS ¡Mueral... ¡Mueral! (Lo rodean, Felipe se defiende, cuando aparece Buridán por el foro.)

ESCENA II

Dichos. BURIDÁN y luego ORSINI. El primero deja la capa, y, al apercibirse de la lucha, desenvaina el acero

BUR. ¡Diez contra uno! Diez truhanes contra un gentilhombre. Sobran cinco. (Los hiere por detrás.)

TODOS ¡La ronda!... ¡Que nos prenden! (Cesa la pelea.)

BUR. Posadero del diablo, cierra la puerta para que ninguno de estos tahures alborote el barrio. ¿No es cierto que la culpa es toda vuestra?

TODOS Sí, lo es.

BUR. Pues aquí no ha pasado nada; volved cada cual a vuestro sitio, y no hablemos del

- asunto. Y nosotros (A Felipe.) sentémonos también. (A Orsini.) Di a Landry que nos traiga unas botellas.
- ORSINI Tendré el gusto de servirlos yo mismo, pues Landry ha salido a cumplir una misión que le ha confiado este joven caballero.
- BUR. Como quieras, pero despacha. (A los truhanes.) ¿Hay alguien que hable ahí por lo bajo?
- SIMÓN No señor.
- RICAR. Nadie.
- FELIPE Por mi patrón, caballero, que a vuestro auxilio debo el haberme salvado de un mal paso, y no lo olvidaré, por si algún día puedo demostraros mi agradecimiento.
- BUR. Esta es mi mano.
- FELIPE Va en la mía el corazón.
- BUR. Pues ya no hay más que decir. (Orsini pone una botella y dos vasos, Felipe y Buridán los llenan y beben.) Y a vuestra salud. Llévalos también a esos perillanes un par de botellas para que beban a la nuestra. (Orsini lo hace.) Esta es la primera vez, joven soldado, que os veo en la veneranda taberna de maese Orsini. Seguramente seréis recién llegado en la noble villa de París.
- FELIPE Hará como unas dos horas; el tiempo para presenciar el desfile del cortejo de la reina Margarita.
- BUR. Reina, no lo es aún.
- FELIPE Pero lo será pasado mañana, puesto que pasado mañana llega de Navarra, para suceder a Felipe el Hermoso, nuestro monarca Luis X, y yo me he aprovechado de su advenimiento al trono para regresar de Flandes, donde hacía la guerra.
- BUR. Y yo de Italia, donde también hacía lo mismo. Al parecer, nos traen a los dos idénticos motivos.
- FELIPE Yo vengo en busca de fortuna.

- BUR. Como yo. ¿Y con qué medios contáis para conseguirlo?
- FELIPE Mi hermano hace seis meses que es capitán de la guardia de la reina Margarita.
- BUR. ¿Se llama...?
- FELIPE Gualtero d'Aulnay.
- BUR. Tenéis, pues, ya vuestra fortuna asegurada, desde el momento que la reina no sabe negar a vuestro hermano cosa alguna.
- FELIPE Así lo aseguran. Ha poco le he escrito anunciándole mi llegada y diciéndole que le aguardo aquí.
- BUR. ¿Entre esta gentuza?
- FELIPE ¿Qué importa?
- BUR. (Al ver que todos han desaparecido.) ¡Calle...! Han desaparecido todos.
- FELIPE Mejor; así podremos hablar sin temor a que nos oigan. ¿Decidme ahora si es indiscreción preguntar vuestro nombre?
- BUR. ¿Mi nombre? Diréis mejor mis nombres, pues tengo dos: uno, que es el que llevo desde que vine al mundo, y que no uso jamás; otro, que es el de guerra, y por el cual se me conoce.
- FELIPE ¿Cuál me diréis?
- BUR. El de guerra: Buridán.
- FELIPE ¿Buridán? Y tenéis conocimientos en la corte?
- BUR. Ni uno.
- FELIPE ¿Cuáles son, pues, los medios con qué contáis?
- BUR. Con franqueza... ¡no cuento más que con ésta! (Señala la frente.) y con éste. (Se toca el corazón.)
- FELIPE Contáis con vuestra buena cara y con el amor. No os falta razón. (Orsini arregla las mesas, vasos y botellas, escuchando disimuladamente.)
- BUR. A decir verdad, cuento también con algo más; tengo la misma edad que la reina, y soy paisano suyo. Fuí en otro tiempo paje del duque Roberto, su padre, que murió asesinado. Entonces la reina y yo vendría-

mos a tener, entre los dos, la edad que ahora tengo yo solo.

FELIPE ¿Qué edad es ahora la vuestra?

BUR. Treinta y cinco años.

FELIPE ¿De manera que creéis?...

BUR. Que, gracias a un secreto que de ella poseo, labraré mi perdición o mi fortuna.

FELIPE Buena suerte pues.

ORSINI ¿Paje del duque Roberto, y un secreto de Margarita?... ¿Qué será?

BUR. Lo mismo os digo.

FELIPE No creo que se me presente mal, a juzgar por cierta aventura que me deparó la suerte.

BUR. ¿Aventura?

FELIPE Oídme. Una vez presenciado el desfile del cortejo, observé que me seguía una tapada. He acertado mi paso, cuando ella lo precipitaba para llegar hasta mí, y, apoyándose en mi brazo, me ha dicho: «Joven caballero: una hermosa, a quien le place la gente de armas se ha enamorado de vuestro continente. Si sois tan bravo como joven y gallardo, y tan confiado como bravo, que nada os importe afrontar un peligro para llegar a su corazón.» «Una palabra—le he contestado:—¿es joven y bella?» «Es joven—me ha repetido,—bella, y os aguarda esta noche.» «¿Qué he de hacer para llegar hasta ella?» Aguardad—me ha dicho—a la hora del toque de cobre fuego, en el recodo de la calle de Froid-Nantel; un hombre se os acercará diciendos estas palabras: «Vuestra mano». Le mostraréis esta sortija que os entrego, y le seguiréis. Adiós, valiente joven: amor y audacia.» Y entregándome este anillo, ha desaparecido de mi vista.

BUR. ¿Y acudiréis a la cita?

FELIPE Por mi patrón que no pienso faltar.

BUR. Amigo mío, os doy mi enhorabuena. Cuatro días hace que paseo París, y, a excepción de Landry, que es una vieja amistad,

de mis campañas, no he visto una cara conocida, ni a quien la mía llamara la atención. ¡Vive Dios! no es que sea mi edad la que me aparte aún de las aventuras, ni soy tampoco tan feo que me haga renunciar a ellas. (Orsini ha desaparecido.)

ESCENA III

Dichos y una tapada

DAMA (Tocando la espalda de Buridán.) Señor capitán.

BUR. ¿Qué hay, prenda?

DAMA Debo deciros dos palabras en secreto.

BUR. ¿Y por qué en secreto?

DAMA Porque, como he dicho, son dos las palabras, y sólo dos deben de ser dos, los oídos las escuchen.

BUR. Perfectamente. Tomad mi brazo, interesante desconocida y decídmelas. (Apartándose dice a Felipe:) Perdonad, amigo mío.

FELIPE No hay de qué. Despachad.

DAMA Una dama, a quien le placen las gentes de armas se ha enamorado de vos. Si sois tan bravo y confiado como bravo...

BUR. Sólo puedo deciros que durante quince años he guerreado con los italianos, que son la peor gente conocida; que durante esos quince años hice el amor a las italianas, que son lo más taimado y ladino que conocí, y sin embargo, jamás rehusé ni un lance ni una cita, con tal que calzaran espuelas los primeros y fuesen bonitas y jóvenes las segundas.

DAMA Es también joven y bonita.

BUR. No hay más que hablar.

DAMA Y os aguarda esta noche.

BUR. ¿Dónde y a qué hora?

DAMA Frente a la segunda torre del Louvre, y a la hora de la queda.

BUR. Allí estaré.

DAMA Un desconocido se acercará a vos, diciéndoos: «¿Vuestra mano?» Vos le mostraréis esta sortija, y le seguiréis sin decir palabra. (Vase.)

BUR. ¿Es un lazo o una broma?

FELIPE. ¿Decíais?...
BUR. De esta tapada.
FELIPE. Hablad.
BUR. Me ha dirigido idénticas palabras que a vos os han sido dirigidas.

FELIPE. ¿Una cita?
BUR. Como la vuestra.
FELIPE. ¿Y una sortija?
BUR. Exactamente igual a la que os entregaron también.

FELIPE. ¿A ver?
BUR. Vedla.
FELIPE. ¡Es misterioso! ¿Y pensáis acudir?
BUR. Sin duda alguna.
FELIPE. Tal vez sean dos hermanas.
BUR. Mejor, seremos cuñados.

ESCENA IV

Dichos; LANDRY, que conduce a GUALTERO

LAND. Por aquí, caballero.

FELIPE. ¡Ah! ¡Gualtero!... ¡hermano mío!

GUAL. ¡Tú, Felipe!... ¿eres tú? ¡tú mismo! (se abrazan.)

FELIPE. Sí, yo soy. No me olvidaste, ¿verdad?

GUAL. ¿Puedes suponerlo, cuando eres mi otra mitad? ¡Abrazame! ¿Quién es este caballero? (Por Buridán.)

FELIPE. Un amigo de hace sólo una hora y que acaba de prestarme un servicio del que me acordaré toda mi vida. El me ha librado de las manos de unos truhanes, a los cuales apostrofé, después de tirarles un cubilete a la cabeza en castigo de haberse atrevido a insultar tu nombre.

GUAL. Gracias por él y por mí. Si Gualtero d'Aulnay, tal vez puede servirnos para algo; aun cuando se hallara en oración ante el sepulcro de su madre, a la que me permita Dios conocer algún día; aun cuando me hallara a los pies mismos de mi amada, me bastaría si escuchase vuestra voz, y os ofrecería mi vida y mi sangre, si de ambas cosas necesitarais, del mismo modo que os ofrezco mi mano de amigo.

BUR. Lo mismo os digo al daros la mía.

FELIPE. Capitán, no debéis extrañar nuestro fraternal cariño, pues ni a él le unen otros vínculos en el mundo que los míos, ni otros tengo yo tampoco más que los suyos. Somos gemelos, ignoramos quiénes pudieron ser nuestros padres, y no tenemos otra señal que nos oriente a los dos, que una cruz trazada en nuestro brazo izquierdo; juntos fuimos abandonados a la puerta del templo de Nuestra Señora; juntos padecimos hambre y frío; el calor de uno servía para mitigar el frío del otro, y con un mismo mendrugo apagábamos el hambre de los dos.

GUAL. Desde entonces, nuestra más larga ausencia jamás pasó de medio año, y si él llegara a morir, moriría también yo, porque así como el uno debió venir al mundo sólo unas horas antes que el otro, así también sólo horas hemos de sobrevivirnos. Estamos persuadidos de que así está escrito nuestro destino, y es tal nuestra convicción, que nos pertenecen por igual nuestro caballo, nuestro bolsillo y nuestra espada, que a una señal estarían prontas las tres cosas. (Estrechando la mano a Buridán.) Ya lo sabéis pues, caballero: la vida entera. Dios os guarde, capitán. ¿Vienes, hermano mío?

FELIPE. Aguarda. Tengo una cita para esta noche y me aguardan.

GUAL. ¿Acabas de llegar, y ya tienes una cita para

- esta noche? Ten cuidado, hermano mío; de algún tiempo a esta parte, el Sena arroja cadáveres a las orillas. La mayor parte jóvenes nobles recién llegados.
- FELIPE. ¿Habéis oído, capitán? ¿Iréis?
BUR. Iré.
FELIPE. Yo también.
GUAL. Capitán: ¿cuánto tiempo hace que llegasteis a París?
BUR. Cuatro días.
GUAL. ¿Cuatro días, y sólo dos horas tú?... Los dos jóvenes y nobles. ¡Oh, no; no vayáis, amigos míos, no vayáis!
- FELIPE. Lo prometimos por nuestro honor.
GUAL. La promesa es sagrada, comprendo; id, pero no olvidéis de venir a mi encuentro mañana en cuanto amanezca, hermano mío.
- FELIPE. Queda tranquilo, vendré.
GUAL. Y vos, caballero, siempre que os plazca.
BUR. Gracias. (Oyese una campana.)
ORSINI. (Apareciendo.) Caballeros, la campana de la queda está sonando.
BUR. Adiós, pues; me aguardan en la segunda torre del Louvre.
FELIPE. Y a mí, en la calle de Froid-Mantel.
GUAL. Y a mí, en palacio. (Vanse los tres. Orsini cierra la puerta, da un silbido y aparecen tres hombres.)
ORSINI. Y a nosotros, amigos míos, en la torre de Nestle.

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

El interior de la torre, en forma semicircular. Una ventana al fondo. Dos puertas a la izquierda y una secreta a la derecha en segundo término. Una mesa en primer término izquierda. Cerca de ella un sillón.

ESCENA PRIMERA

ORSINI junto al ventanal. Truena y relampaguea.

- ORSINI. ¡Valiente noche para una orgía en la torre...! Negro está el cielo, la lluvia cae sin cesar, brilla el rayo y retumba el trueno, mientras suben las aguas del río como para recibir mejor los cadáveres. Fuera el fragor de la tormenta, y dentro el choque de los vasos. Extraño concierto que parece dirigir el diablo en persona. (Oyense carcajadas.) Reid, locos, reid: os queda aún una hora. Yo aguardaré hoy, como aguardé ayer, y aguardaré mañana. Pérfida condición la vuestra, jóvenes aturdidos, a quienes una prometida noche de amor os hace arrostrar la mayor de las imprudencias. (Oyese una voz.)
- VOZ. ¡Las dos! ¡París está tranquilo; dormid en paz...!
- ORSINI. ¡Las dos ya!

ESCENA II

ORSINI y LANDRY

LAND. ¡Orsini!
ORSINI ¿Qué ocurre?
LAND. Las dos de la madrugada, y la noche se pasa.
ORSINI Queda aún espacio para el nuevo día.
LAND. Pero se aburren los nuestros.
ORSINI Pero también se les paga.
LAND. Sí; pero para herir, y no para aburrirse. En tal caso debe doblarse la paga: tanto para el aburrimiento y tanto para lo otro.
ORSINI Cállate. Alguien viene. Vete.
LAND. Ya me voy; pero creo que es muy justo lo que he dicho. (Vase.)

ESCENA III

ORSINI y MARGARITA

MARG. ¡Orsini!
ORSINI ¡Señora...!
MARG. ¿Tu gente?
ORSINI Dispuesta. La noche está muy avanzada.
MARG. Queda tiempo aún.
ORSINI Sí; pero es una imprudencia el que aun permanezcáis aquí. Vuestro barquero aguarda; dejadnos solos, que podamos cumplir libremente nuestro cometido.
MARG. Déjame aun un momento. Esta noche no se parece a las demás, y entre los invitados hay un noble joven, casi un niño, cuyas facciones me recuerdan otras muy queridas.
ORSINI ¿A cuáles?
MARG. A las de mi Gualtero. Al mirarle me parecía contemplarle a él, y el metal de su voz me parecía también el suyo. Es vehemente

ORSINI y apasionado, y no creo que pueda seros peligroso. Quiero salvarle, Orsini.
ORSINI Señora, ved que puede seros funesta tal compasión.
MARG. No me he quitado el antifaz en toda la noche. Aun cuando me viera mañana mismo no me reconocería. ¿Qué consecuencias puede, pues, reportarme el salvarle? Sería esta vida de descargo a mi conciencia cuando recuerde tanta sangre derramada.
ORSINI Se cumplirán vuestros deseos, señora. ¿Habéis podido descubrir el secreto del capitán?
MARG. Ni una palabra. Que muera con él. Tal vez le serviría para acusarme, como otros nobles, ante el rey mi esposo. ¡Tal vez sea de los que conspiran contra mi primer ministro...! Sea lo que fuere, mañana las aguas del Sena arrojarán su cadáver a la orilla. Que entren tus secuaces, y acabemos, pero antes es preciso que hable a este joven a quien pretendo salvar. Le exigiré, bajo palabra de honor, que abandone París.
ORSINI Estoy a vuestras órdenes.

ESCENA IV

MARGARITA; luego FELIPE

MARG. No puedo consentir que se derrame la sangre de este joven, cuya presencia me trae el recuerdo de mi Gualtero.
FELIPE ¡Señora...! ¡Al fin...! ¿Por qué evitáis mi presencia? Será de ángel o de demonio tu nombre, pero dímelo, a fin de que pueda llamarte por él.
MARG. Marchaos, el día se acerca.
FELIPE ¿Y qué importa? Yo sólo veo dos ojos que me deslumbran; sólo noto dos corazones que palpitan.

MARG. Es preciso que nos separemos.
 FELIPE ¿Separarnos? ¡Sabe Dios si en la vida volvería a hallaros! No ha llegado aún el momento de ello. ¿Qué significa vuestra misteriosa cita? ¡A qué haber llegado hasta vos, si ni una frase de amor oí en vuestros labios, cuando yo ardo en el fuego de vuestros ojos? ¡Ah! ¡No! ¡Imposible!

MARG. Me prometisteis moderaros; marchad, el día se acerca, podría ser notada mi ausencia.

FELIPE Os engañáis, no es el día, es la luna que se desliza por entre las nubes que el viento arremolina. Concededme una hora, una hora solamente, y partiré.

MARG. No, ni una hora, ni un instante; partid, os lo ruego. Partid, y sin volver la vista hacia atrás; de esta noche de amor borrad todo recuerdo; que jamás salga una palabra de vuestros labios. No es esto sólo: abandonad a París; no os lo pido, os lo exijo.

FELIPE Está bien, partiré, pero dime a lo menos tu nombre, que suene eternamente en mis oídos, que se grave en mi corazón. Tu nombre, para que pueda a solas recordarlo. Yo adivino que eres bella, que eres roble. Tu nombre, envuelto en tu último beso, y parto.

MARG. Yo no tengo nombre para vos. Todo concluyó entre nosotros. Libre soy, y os devuelvo también vuestra libertad. Nada me debéis ni nada os debo tampoco. Obedecedme si amáis como decís. Soy mujer, al fin y al cabo estoy en mi casa, y puedo mandar en ella. Desde este momento no os reconozco ya. ¡Salid!

FELIPE Está bien, ya parto; adiós, noble y hermosa dama, que concede citas a favor de la noche y bajo un antifaz se oculta. Habéis querido hacerme vuestro juguete, pero yo os juro que no conseguiréis vuestro objeto.

MARG. ¿Qué intentáis.

FELIPE (Le arranca un alfiler y se lo clava a través de la mascarilla.) Nada, señora: dejar impresa en vuestro rostro una señal con la cual pueda reconocereros mañana. (Lo hace.) Vedlo.

MARG. ¡Ah!

FELIPE Ahora, decidme vuestro nombre o calladlo, poco me importa.

MARG. ¡Me habéis herido!... ¡Esta señal es lo mismo que si hubiérais visto mi rostro!... ¡Insensato! quería salvaros, y os habéis empeñado en morir. ¿Veis esta señal?... Encomendaos, pues, a Dios. (Vase precipitadamente en el preciso momento que aparece Orsini y se lleva el candelabro de encima de la mesa y queda la escena a oscuras.)

ESCENA V

FELIPE; BURIDÁN por la izquierda, a tientas, y tropieza con Felipe

BUR. ¿Quién va?
 FELIPE Soy yo.
 BUR. ¿Quién sois?
 FELIPE Poco os importa.
 BUR. ¿Esta voz?...
 FELIPE ¡Buridán!
 BUR. ¡Felipel!
 FELIPE ¿Vos aquí?
 BUR. ¡Sí, cuerno de Satán! yo mismo, y deseaba hallaros.
 FELIPE ¿Para qué?
 BUR. ¿Ignoráis dónde nos hallamos?
 FELIPE ¿Dónde?
 BUR. ¿No sabéis tampoco qué mujeres son éstas?
 FELIPE Lo ignoro.
 BUR. No sospecháis la clase a qué pertenecen?
 FELIPE No.
 BUR. Yo creo que debe ser elevada, y se trata de grandes damas de la corte. Sus manos blancas, sus aristocráticas gargantas, el lujo de sus trajes, la riqueza de sus joyas.

¿No habéis observado como, en medio de la orgía, olvidáronse de todo? No lo dudéis: se trata de grandes damas.

FELIPE Y aunque así fuese. ¿Qué sacáis en claro?

BUR. ¿No os estremece?

FELIPE ¿Estremecerme? ¿y por qué?

BUR. El cuidado en que descubriéramos sus rostros...

FELIPE Yo os aseguro que si viera mañana a la mía, la reconocería al instante.

BUR. ¿Se ha quitado el antifaz?

FELIPE No, pero con su propio alfiler le hice una señal en el rostro al través de la máscara.

BUR. ¡Desgraciado!... Había tal vez alguna esperanza de salvación, y la destruiste.

FELIPE ¿Cómo?

BUR. (Le conduce al ventanal.) ¿Qué ves en frente de nosotros?

FELIPE El Louvre.

BUR. ¿A tus piés?

FELIPE El Sena.

BUR. ¡Y al rededor nuestro, la torre de Nestle!

FELIPE ¡La torre de Nestle!

BUR. Sí, bajo cuyos piés aparecen tantos cadáveres.

FELIPE ¡Y al entrar se nos pidieron nuestras armas!...

BUR. ¿De qué nos servirían tampoco? No se trata de defendernos, sino de escapar; ved, por esta puerta.

FELIPE (Yendo a la segunda izquierda.) ¡Cerrada! ¡Ah! Escúchame: si yo muero y logras sobrevivirme, véngame.

BUR. Y véngame tú en caso contrario. Ve en busca de tu hermano o seré yo quien vaya, caso que me salve. Pero faltan las pruebas. No tenemos pluma, tinta ni pergamino.

FELIPE Llevo conmigo el libro de memorias; tu conservas aún el alfiler; en tu brazo hay venas, y en tus venas sangre. Escribo; si soy yo quien llega hasta tu hermano pidiéndole que te vengue. Escribe: «Muero

asesinado por», yo pondré el nombre, porque lo sabré. Tu firma. Si logras salvarte, haz por mí lo que por ti yo estoy dispuesto a hacer. Y ahora, adiós. Trátemos de huir cada cual por distinto lado. Adiós.

FELIPE Adiós, hermano mío, ¡a la vida o a la muerte! (Se abrazan. Felipe penetra por la misma puerta que apareció. Buridán se dirige a la derecha y aparece Landry.)

ESCENA VI

BURIDAN, LANDRY, luego ORSINI y después MARGARITA y FELIPE

BUR. ¡Ah!

LAND. Amigo mío, encomendaos a Dios, porque llegó vuestra última hora.

BUR. ¡Yo conozco esa voz!

LAND. ¡Capitán!

BUR. ¡Landry!... ¡Es preciso que me salves!

BUR. Quieren asesinaros. (Oyese un grito.) ¿Qué es eso?

LAND. Vuestro compañero que ha recibido el golpe.

BUR. Tú no puedes matarme, ¿no es cierto?

LAND. Yo quisiera salvaros, pero...

BUR. ¿Esta escalera? (A la derecha.)

LAND. Está tomada.

BUR. ¿Esta ventana? (Al foro.)

LAND. ¿Sabéis nadar?

BUR. Sí.

LAND. Entonces arrojados, y ¡Dios os salve!

BUR. (Sube al antepecho.) ¡Señor, apiádate de mí! (Se arroja.)

ORSINI ¿Dónde está?

LAND. Asunto concluido.

ORSINI ¿Aseguraste el golpe?

LAND. Bien muerto está.

FELIPE (Por la derecha, herido y balanceándose, cae en primer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
25 MONTERREY, MEXICO

término, mientras aparece Margarita con la máscara y un candelabro en la mano.) ¡Capitán! ¡Socorro! ¡socol...

MARG.

«Ver tu rostro y morir», eso me decías; pues mírame y muere.

FELIPE

¡Margarita de Borgoña, reina de Francia!...

VOZ

(Muere.)

(Dentro.) Las tres. París está tranquilo, dormid en paz.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Salón en palacio. Puerta al foro que comunica con una galería, y laterales en primero y segundo términos izquierda. Balcón a la derecha. Muebles propios.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA sentada en un sofá de la época, y a sus pies Gualtero

GUAL. ¿Me explicaréis a qué se debe esta señal de vuestro rostro, Margarita?

MARG. Sí, amigo mío; os lo diré. (Debió recelar esta pregunta.) He tenido un extraño sueño. Se me ha aparecido un joven semejante a vos en todo, en vuestros ojos, vuestra edad, vuestra voz, vuestro acento apasionado.

GUAL. ¿Qué más?

MARG. No sé, mis ideas se presentan luego confusas, y desperté sobresaltada, sintiendo en el rostro un dolor como si me hubieran herido.

GUAL. Eso es lo que os pregunto, ¿quién os ha herido?

MARG. Nadie, es decir, yo misma. Un alfiler que desprendióse de mi tocado, quedando en la almohada, y con él me he herido seguramente.